

ONZA, TIGRE Y LEON

REVISTA PARA LA INFANCIA VENEZOLANA



AGOSTO--1944

No. 62

DERROTA DE MONTEVERDE



A comienzos del año de 1813, los patriotas de Oriente habían infligido tremendas derrotas a las fuerzas realistas.

La noticia de los desastres sufridos por sus tropas llegaron a conocimiento de Monteverde, quien decidió atacar personalmente al enemigo.



El jefe español se puso en marcha y, llegando a la ciudad de Barcelona, dictó una proclama diciendo que disiparía a los patriotas como "humo al impulso del viento".



En Maturín. Piar, debidamente preparado, aguardaba al jactancioso canario; quien, al primer ataque, salió derrotado, escapando a Caracas milagrosamente. En manos de los victoriosos patriotas, dejó Monteverde: "seis mil pesos en plata, cinco cañones y quinientos hombres entre oficiales y soldados".

ONZA, TIGRE Y LEON

REVISTA PARA LA INFANCIA VENEZOLANA

DIRECTOR: RAFAEL RIVERO O.

EDITADA POR LA DIRECCION DE CULTURA DEL MINISTERIO
DE EDUCACION NACIONAL

Talleres de Artes Gráficas de la Escuela Técnica Industrial.

N° 62

CÁRACAS, AGOSTO DE 1944.

AÑO 6

SUMARIO

AMENIDADES GEOGRAFICAS

FENOMENOS LUMINOSOS 2

FOLKLORE TRUJILLANO

MITOS Y LEYENDAS 3

TEATRO INFANTIL

HIPNOTISMO 5

LA ALIMENTACION EN LA SELVA

SAL DE MESA ARTIFICIAL 7

ESCRITORES NACIONALES

HACIA EL DORADO 8

LOS NIÑOS COLABORAN

DIBUJOS INFANTILES 11

PARTICULARIDADES DE LOS MURCIELAGOS

VUELOS CIEGOS 12

FENOMENOS LUMINOSOS



En los parajes en que desemboca el río Catatumbo en el Lago de Maracaibo, puede contemplarse por las noches un hermoso fenómeno luminoso que, en forma de extraño relámpago de prolongada duración, ilumina de cuando en cuando, en la oscuridad, la atmósfera y la superficie del lago.

Observado desde el mar, el relámpago aparece directamente sobre la isla de Toas, muy próximo al meridiano de la barra de Maracaibo. El fenómeno se produce en la boca del Catatumbo, siendo aprovechado por los navegantes como faro natural que le sirve de guía y al cual dan el nombre de "Rayo del Catatumbo"

Cree el geógrafo Codazzi que las causas que producen el curioso relámpago pueden ser las emanaciones del gas hidrógeno desprendido de los dilatados pantanos, cubiertos de espesos bosques, que ocupan una vasta extensión en la desembocadura del río.

Fenómeno parecido al del Rayo del Catatumbo, puede observarse en la cueva de Monai, en Trujillo; donde, tufos inflamables que se acumulan constantemente en la parte superior de la caverna, se incendian de tiempo en tiempo, produciendo una gran llamarada luminosa, visible a distancias considerables en la oscuridad de la noche.

FOLKLORE TRUJILLANO

MITOS Y LEYENDAS

Por R. Olivares Figueroa



Los progresos de la civilización no han impedido que sean tomados más o menos en cuenta, sobre todo por la población campesina y rural, una serie de mitos y relatos tradicionales de antigüedad variable, y aun que sean creídos al pie de la letra. Si bien algunos tienen su origen, al parecer, en hechos reales, desvirtuados por el tiempo, con frecuencia en ellos intervienen ánimas, encantos, duendes y otros seres imaginarios que, según las localidades, suelen recibir denominaciones particulares. Leyendas como la de “La Llorona”, son populares en todo el territorio patrio; otras, en fin, como la de “El caballo sin cabeza”, parecen hallarse circunscritas a determinadas áreas, a la oriental en este caso.

Siendo muy rica Venezuela en aspecto del folklore tan sugestivo, mal podríamos dar, dentro del breve espacio de que disponemos, una noción precisa, y menos completa; por lo que nos ceñiremos, esta vez, a algunos relatos legendarios obtenidos en el Estado Trujillo, sin que el mero hecho de la localización del documento indique exclusividad. Figuran, sin embargo, como de carácter local, los de “El aparecido de Escuque” y “La peña de la Virgen”, que no dejan de ser semejantes a algunos otros de filiación distinta. Bordan las leyendas el ambiente supersticioso y recogido de aldeas y lugares a los que llega difícilmente

el eco actual de los acontecimientos. En las veladas, suele apelarse al recurso de estas audiciones, concediéndoseles rigurosa atención, y gustando, por decirlo así, el sabroso terror que, a veces, provocan.

La piedra del zamuro

Que la posesión de la llamada "piedra del zamuro" es apetecible, según la creencia, lo testifica la expresión que se emite aludiendo a algún afortunado: "Debe tener la piedra del zamuro".

Se cuenta que, para conseguirla, es preciso sacar los huevos del nido de esta ave, y luego sancocharlos. Tras esta operación, se vuelven a su sitio. Cuando el zamuro nota el trueque, vuela al río Jordán, trae una piedrita de especial carácter, y la pasa por sobre los huevos, que vuelven a su primitivo estado. Esta piedrecita, una vez se obtiene, ha de conservarse como amuleto.

(Trujillo-Capital)

El aparecido de Escuque

Refiérese que, habiendo formulado cierta promesa a la Virgen del Rosario de Durí (Escuque) un campesino de la Meta, caserío cercano a dicho punto, murió sin cumplirla, no obstante haber recibido el favor pedido.

A ello se debe el hecho de que el alma en pena salga a veces en solicitud de que lo desentierren, lo pongan a caballo, y lleven a cumplir su promesa a la Virgen.

Es riguroso que los que lo conduzcan lleven el caballo con una cuerda, sin volver los ojos, y con la necesaria diligencia, para que el espanto cumpla su misión antes que apunte el alba, pues, si cantara el gallo, los acompañantes deberán al punto dejarlo en tierra.

El aparecido seguirá penando mientras no se cumpla su propósito.

(Valera)

Cómo la Luna perdió un ojo

Si el Sol tiene dos ojos que despiden deslumbrante fuego, la Luna, en cambio, posee uno solo. Parece que, en una reyerta habida entre ambos, el primero hubo de arrojar arena sobre uno de los de la Luna, por lo que ya su luz no puede competir con la del magno astro.

(Dividivi)

Los castigos de San Benito

Habiendo negado el jefe civil de Pampán el paso por la población de una imagen de San Benito que traían con el acostumbrado y devoto estruendo, y obligándola a seguir a monte traviesa, vino en conocimiento de cómo su hija de corta edad, se le despeñó por cierta maroma sobre el río Castán, por lo que, con la mayor urgencia, hizo ir a caballo

TEATRO INFANTIL

H I P N O T I S M O

(Adaptación de una escena cómica por P. G. Alemandri)



PERSONAJES: Charlatán, Víctima, Incauto.

(Charlatán e Incauto entran en escena conversando)

INCAUTO.—¿Es decir que usted es capaz de adivinarlo todo?

CHARLATAN.—Puedo adivinar lo que usted piense.

INCAUTO.—No lo creo. Eso no es posible.

CHARLATAN.—¿No? (Toma una silla y amenaza a Incauto).

INCAUTO.—¡Epa! (Da un salto hacia atrás).

CHARLATAN.—Usted pensó que yo le iba a dar un golpe.

INCAUTO.—¡Qué gracia! Eso cualquiera lo adivina.

CHARLATAN.—Yo puedo hipnotizarlo a usted y hacerlo ejecutar cuanto le ordene. ¿Quiere hacer la prueba?

INCAUTO.—No, yo no; búsquese a otro.

CHARLATAN.—Bueno, le amaremos a alguno del público. (A los espectadores). Señores, ¿Quiere uno de ustedes venir aquí?

VICTIMA.—(Entre el público). Yo, señor.

CHARLATAN.—Muy bien, caballero; venga usted.

VICTIMA.—(Subiendo al escenario). Aquí estoy a sus órdenes.

CHARLATAN.—Primero lo hipnotizaremos. Tome, siéntese en esta silla.

VICTIMA.—Gracias, señor. (Se sienta).

CHARLATAN.—Ahora unos pases magnéticos. (Extiende los brazos haciendo gestos extravagantes ante Víctima).

VICTIMA.—Tengo sueño... Se me cierran los ojos... (Se queda dormido).

CHARLATAN.—(Dirigiéndose a Incauto). Ya está dormido. Puede usted hablarle y sacudirlo; no se despertará ni a cañonazos.

INCAUTO.—(A Víctima). Amigo, hábleme. Diga algo... A ver... (Registrándose los bolsillos saca una moneda). ¡Mire, aquí hay dinero; si quiere se lo puedo dar!

VICTIMA.—(Sa'ta alargando la mano). Gracias, amigo; deme acá.

CHARLATAN.—(Molesto). Es que no estaba bien dormido. Repetiremos el experimento. (Se acerca a Víctima y lo amenaza, hablándole en voz baja). Desgraciado, si no te haces el dormido te daré un pellizco. Además, ese no te dará ningún dinero, lo que quiere es engañarte. Vamos, duérmete. Duérmete.

VICTIMA.—Ah, me estoy durmiendo. Ahora sí. (Se queda inmóvil).

CHARLATAN.—Ya está, ahora pueden ofrecerle lo que quieran. No se despertará.

INCAUTO.—Compañero, tome, voy a darle mucha plata. Aquí tiene un fajo de billetes de banco.

CHARLATAN.—¿Ve usted? Ahora no se mueve. Está bien dormido... Voy ahora a demostrar mi poder hipnótico. Para que haya mayor limpieza en la prueba, vendaremos los ojos al sujeto. (Saca un pañuelo y lo venda). (Dirigiéndose a Incauto). Permitame un bastón.

INCAUTO.—(Busca el bastón y lo trae). Aquí lo tiene.

CHARLATAN.—(A Víctima) ¿Qué es esto que tengo en la mano?

VICTIMA.—Un bastón.

CHARLATAN.—¿Ha visto usted?... Ahora, otra prueba. (A Víctima). ¿De quién es este bastón, de un señor o de una señorita?

VICTIMA.—De un señor.

CHARLATAN.—¿Ven? ¡Es admirable mi poder!... Otra experiencia más... Permitanme un sombrero.

INCAUTO.—Aquí tiene este.

CHARLATAN.—(A Víctima) ¿De qué color es este sombrero negro que tengo en la mano?

VICTIMA.—¡Negro!

CHARLATAN.—(A Incauto). ¿Ve usted como acierta en todo? ¡El hipnotismo, mi amigo!

INCAUTO.—Pero, ¡qué tontería! Cómo no va a adivinar, si usted se lo dice todo.

SAL DE MESA ARTIFICIAL



En las márgenes del Níger y en una gran parte del interior de Africa, en donde la sal es en extremo rara dicen de un hombre rico: “él es feliz porque come sal en su comida”. Esta felicidad no es muy común en el interior de nuestra Guayana. Sólo los hombres blancos pueden procurarse sal pura que, por el río Meta, traen desde las costas lejanas. Aquí, como en toda la América, los indios comen poca carne y casi no consumen sal. Sin embargo, los aborígenes guayanese se procuran diversos sustitutos, de ella, los cuales son fabricados con productos naturales de la selva.

En las chozas indígenas se encuentran muy corrientemente ciertas bolas de cinco a quince centímetros de diámetro, compuestas de una sal terrosa e impura que llaman *chivi* y que es preparada por los indios con mucho esmero y cuidado. En Maipures queman una conserva o alga que el Orinoco deja sobre las rocas vecinas cuando, después de las grandes crecientes entra de nuevo a su cauce. En Javita se fabrica la sal por la incineración del *spadix* y de las frutas de la palmera “seje” o “chimu”. Esta bella palmera que abunda en las riberas del Auvana, parece una nueva especie del cocotero. Recuérdese que el agua de la fruta del cocotero común, es frecuentemente salada, aun cuando el árbol crece lejos de las playas marinas. Con el mismo fin, los indios cueplan también las cenizas de un bejuco llamado Cupana, que es una planta muy apreciada y de gran utilidad para ellos.

El *chivi*, primeramente enumerado, es una mezcla de sal de potasa y de soda, de cal cáustica y de muchas sales terrosas. Los indígenas disuelven las bolas de *chivi* preparadas, en agua; llenan de esta solución una hoja plegada en forma de cornete y dejan caer, como de la extremidad de un filtro, algunas gotas sobre sus manjares.

H A C I A E L

(Sacado de "Las Le")

Por Art

Cuando la tierra de Venezuela era sólo selva intrincada y llanura ár
 abrir el camino del hombre los Encomenderos.

Eran duros, crueles, ásperos, ávidos de oro y, sin embargo, tambie
 dos de una divina misión. De España llegaban en los galeones lentos
 en la primera costa se dispersaban como un vuelo de pájaros altaneros.

Fueron tiempos heroicos. Ibanse unos a Coro a establecer su sola
 ban en una sierra de la costa, otros llegaban a Cumaná, algunos per
 centro, y todos adquirían su encomienda de indígenas, erigían una hor
 ciudad, y con los indios indolentes se daban a romper la tierra virgen p
 para sembrarla.

Algunos se quedaban en las guarniciones, a algunos mataban las fl
 alguno envejecía pobre soñando con una expedición al Dorado fabuloso

Entre ellos vino don Juan de Arcedo, matachín, jugador y arrogan
 nueva perdió el poco dinero que traía, jugando con otros soldadotes.
 licitó una encomienda, se la concedieron tierra adentro y se fué. Se f
 ballo, con otros cuatro aventureros y veinte indios dóciles, derribando a



truirse el camino paso a paso. Al cabo de un mes llegó a un valle que
 le pareció conveniente. Clavó una pica en tierra, proclamó solemne
 mente que tomaba posesión de aquel sitio, que en adelante se llamaría
 "El Altar", erigió una cabaña e hizo dar muerte a un indio, para con
 este primer acto de justicia dar comienzo a su jurisdicción. "El Altar"

CIONALES

D O R A D O

oloradas"—*Novela*)

ar Pietri

menzaron a

no ilumina-
n el mar y

a se queda-
n hacia el
daban una
scar oro o

las fiebres,

n la ciudad
orgullo, so-
mos de ca-
para cons-



prosperó. En las proximidades se establecieron otros españoles y otros. La tierra comenzaba a poblarse. Don Juan casó con la hija de un amigo y murió de viejo; y su hijo don Diego murió de viejo; y su nieto don Francisco murió de viejo. Pero a su bisnieto, don Carlos, tocó distinta suerte...

Un día llegó a "El Altar" un indio de raza distinta de todos los que por allí se conocían. Hablaba algunas escasas palabras españolas y veía con asombro a las gentes.

Don Carlos de Arcedo habló con el indio, y aquella conversación fué definitiva en su vida.

Venía del Sur, del remoto Sur, de las hondas tierras vírgenes, adonde blanco aún no había llegado.

—Rico —dijo el indio— y mostró a Arcedo varios pedazos de oro puro que traía escondidos entre hojas de plátano.

—¿Dónde lo encontraste?

—¡Allá...!

Fragmentariamente, casi por señas, haciendo adivinar las palabras, le construyó la visión de un reino fantástico. Decía venir del fondo de un mundo ignorado. Andando, había visto pasar más de cien lunas. Bajo sus pies cambiaba el aspecto de la tierra. Salió de hondas mesetas, pasó sierras interminables, en las que los árboles no dejan entrar el sol, montañas de sombra verde. Vió pájaros como joyas, parásitas gigantes, tigres de seda amarilla, venados blancos. Atravesó llanuras, sin ver en días enteros otra cosa que la llanura desnuda. Cruzó ríos anchos como el mar, donde duermen todas las lluvias. Bajo sus pies, el mundo daba vuelta. Venía de lejos. Había visto lo que apenas se vislumbra en los sueños. Una tarde, allá, en lo hondo de lo remoto, desde la orilla de un lago violeta, vió la otra orilla, y en la otra orilla una ciudad de oro que parecía incendiada; en el resplandor inmenso ardían el aire y la tierra. Con mil colores chocaban en chorros de reflejos piedras rojas y piedras verdes y piedras blancas como un pedazo de sol. El fuego de la luz estremecía el agua.

Don Carlos sentía que por aquella boca algo lo llamaba irremisiblemente.

—¿Estás seguro de haberlo visto?

—Sí, mi amo.

—Si lo has visto, El Dorado existe y es posible encontrarlo.

Don Carlos de Arcedo no pensó en nada más. Organizó una expedición con treinta indios y diez españoles, y con el guía deslumbrado se pusieron en camino una madrugada en el nombre de Dios. Iban poseídos de una infinita ansia. Pasaron los días. La hija de Don Carlos, en la casa, rodeada de esclavas, se consumía rezando interminables oraciones ante un cristo de rostro agónico. Pasaron los meses. De aquel pequeño grupo de hombres, perdido en la vasta tierra desconocida, no torna nadie, y las gentes los sentían sumidos en un misterio vecino de la muerte.

(Pasa a la Pág. 13)

LOS NIÑOS COLABORAN

DIBUJOS INFANTILES



DESCUBRIMIENTO DE LAS COSTAS DE VENEZUELA.—
Por Juana Carolina Rangel, Escuela Federal 988, Aroa, Edo. Yaracuy.



LA PATILLA.— Por Elba Teresa Rátia, Escuela Federal 342, Pto. Nutrias, Edo. Barinas.



PAISAJE.— Por Benvenuto Benito, Escuela "El Niño Jesús", San José del Avila, Caracas.



NUESTRO PLANTEL.— Por Horacio Moreno, Escuela Federal Graduada Rural "Alberto Adriani", Pueblo Hondo, Estado Táchira.

VUELOS CIEGOS



Los murciélagos, al volar en sitios completamente oscuros, son guiados no por la vista, puesto que se encuentran en las tinieblas, sino por la sensación que les produce el aire repelido por el movimiento de sus alas contra algún objeto cercano.

Las distintas membranas del cuerpo de estos animales están dotadas de infinidad de corpúsculos táctiles de grandísima sensibilidad, los que funcionan como órganos especiales del iacto.

Se ha comprobado esta extraordinaria sensibilidad, en aposentos a los cuales se han extendido alambres en diferentes alturas, soltando murciélagos con los ojos previamente vendados. En estos experimentos, dichos animales no han llegado a tocar, ni siquiera ligeramente, ninguna de las cuerdas con que se pretendía obstaculizar el curso de sus vuelos rapidísimos.

HACIA EL DORADO

(Viene de la Pág. 10)

Pasó un año. Pasó año y medio.

Inesperadamente, enfermo, herido, cadavérico, regresó uno de la partida. Su relato fué horrible.

Habían andado por días y días y días “inaugurando” el misterio de la tierra inexplorada, y a cada vez, el paisaje era distinto y la distancia ante los ojos, mayor. Escaseaban las provisiones, comenzaron a enfermarse algunos, a desesperanzarse los otros, a estar descontentos los más. Un día tuvieron consejo con don Carlos. Le propusieron regresar, ya que todavía sus recursos lo permitían. No quiso oírlos. Iban en busca de El Dorado y no regresarían sin encontrarlo. La marcha se iba haciendo cada vez más penosa. Avanzaban cada vez menos. El guía hablaba constantemente de que estaban a punto de llegar; desde lo hondo de sus corazones exhaustos todos se resolvían a hacer el esfuerzo; pero continuaban por horas y horas dentro de la montaña idéntica y terrible, como si marchasen dentro de un círculo cerrado. Andaban por lugares adonde nunca había penetrado ninguno de ellos y donde les era imposible orientarse. En veces, topaban con una partida de indios nómadas que, al verles las barbas y las armas, huían sin querer detenerse. Al fin, resolvieron acampar unos días para reponer las fuerzas y cuidar los enfermos. Se alimentaban de raíces, de hojas, y de uno que otro animal que lograban cazar difícilmente. Una mañana no hallaron al guía. Había desaparecido misteriosamente por la noche. Nadie lo había visto, nadie lo había sentido irse. La desesperación se apoderó de todos, y muchos gritaban y lloraban como niños. Se sabían perdidos y destinados a morir de hambre. A alguien se le ocurrió; por su cuenta, y sin consultarlo con los demás, trajo carne fresca, y todos la comieron con voracidad, y nadie preguntó; pero todos tenían la certidumbre de que era carne de indio. Y así el otro día, y así el otro. No quedaron sino los españoles. Volvieron a recomenzar el hambre y la desesperación. Soportaron varios días, hasta que, enloquecidos, abandonaron los enfermos y se fueron como fantasmas, en una marcha lenta, desesperada y tenaz. Atravesando la montaña. Iban sin noción exacta de sus personas ni de las cosas. Estaban como en un sueño. Marcharon horas, quizás días, en todo caso un tiempo impreciso y monótono. Les silbaban los oídos y veían temblar los troncos de los árboles como a través de las llamas. Alguien comenzó a oír ruido de agua, de mucha agua desplazándose, y otro también, y otro.

Algunos corrieron. Llegaban a la orilla de un río ancho y lento. Las cabezas sedientas se precipitaron en el agua como piedras y quedaron allí saciadas, adormecidas, refrescadas, dentro del agua suave que acaricia. Después se fueron incorporando. Todos estaban transfigurados. Sentían un gozo estúpido e inconsciente, chapoteaban con las manos en el agua; uno cantó, otro propuso:

—Sería bueno que hiciéramos una balsa y nos dejáramos llevar por el río.

Se pusieron a la obra. Con bejucos y jirones de los vestidos unieron algunas gruesas ramas, hasta hacer una plataforma, suficiente para todos. La echaron al agua, se pusieron sobre ella y comenzaron a deslizarse lentamente. El resbalar muelle, el resonar sordo del río, la fatiga y el hambre, todo incitaba a dormir. Dulcemente, fueron dejándose vencer. Medio día después, tan sólo quedaba uno despierto, alerta, gobernando la embarcación de la balsa. Un día más tarde aún cotinuaba, y entonces comenzó a oír un ruido lejano que iba creciendo, creciendo vertiginosamente, hasta convertirse en un estruendo ensordecedor; se puso de pie y vió que, a lo lejos, la superficie del río terminaba bruscamente. Comprendió que llegaban a un salto de agua, tal vez a una profunda catarata. La evidencia del peligro le dió fuerzas. Comenzó a sacudir a los otros, a llamarlos a gritos, a golpearlos. Nadie respondía: eran como cadáveres. Cada vez el ruido era mayor y la proximidad más inminente. Invocó a Dios, los sacudió como fardos, les pegó. Todo inútilmente. Ninguno respondía. La distancia se acercaba a cada segundo. Desesperado, fuera de sí, se lanzó al agua, y con un gesto de energía, pudo ganar la orilla. Desde allí acompañaba al paso el desplazamiento de la balsa, llamándolos a gritos: “¡Muévanse! ¡Sálvense! ¡Van a morir! ¡Don Carlos!” Nadie respondía. La balsa aceleraba cada vez más, arrastrada por la corriente. Entonces, en la margen, el hombre flaco y extenuado cayó de rodillas, exhausto, con los ojos extraviados, y comenzó a grandes voces a rezar una oración de difuntos. El rugido del agua invadiendo la atmósfera, y él, con los ojos vueltos al cielo, rezando, a la misma hora que, allá en “El Altar”, la doncella débil, delante de Cristo agónico, invocaba a Dios con voz transida; a la misma hora en que los troncos de madera, atados con harapos, con su cargamento quieto, entraban en el agua loca y vertiginosa. Cuando volvió a mirar, la superficie del río estaba limpia.

Eso contó el hombre de la partida que regresó milagrosamente.

A. U. P.

H I P N O T I S M O

(Viene de la Pág. 6)

CHARLATAN.—¡Ah, sí!... Ahora haré una prueba sin hablar... (Saca un pito del bolsillo y lo hace sonar). ¿Qué es lo que ha sonado? (A Víctima).

VÍCTIMA.—¡Un pito!

CHARLATAN.—¿Se da cuenta?... Ahora otro experimento más... (Toma una campana y la golpea). Señor hipnotizado, ¿qué es lo que ha sonado?

VÍCTIMA.—¡Una campana!

CHARLATAN.—¿Ve usted como no tengo necesidad de decirle nada?... Otra experiencia distinta... (Saca un alfiler y lo enseña al público. Se coloca al lado de Víctima). Ya verá usted!... ¡Sin hablar!... Fíjese... Sin decirle palabra. (Hace gestos dramáticos y le da un pinchazo a Víctima).

VÍCTIMA.—¡Ay! ¡Ay! ¡Un alfiler!

CHARLATAN.—(A Incauto). ¿Ve como adivina?... Y sin decirle jota... Ahora presenciará algo más admirable aún... Busca un papel, le prende fuego, y tomando la mano a Víctima se la acerca a llama).

VÍCTIMA.—¡Fuego!... ¡Me quemo, me quemó!... ¡Fuego!...

CHARLATAN.—(Corre y busca un tobo de agua. (A Víctima). ¿Qué hay aquí dentro?

VÍCTIMA.—¡Me quemo! ¡Me quemo!... ¡Agua!... ¡Agua!... ¡Agua!...

CHARLATAN.—(Con el tobo y una escudilla echa agua a los dos y todos salen corriendo y gritando).

(TELON)

M I T O S Y L E Y E N D A S

(Viene de la Pág. 4)

un mensajero para rogar encarecidamente la regresaran, y organizar el desagravio. Aquella noche distribuyó su tiempo entre el velorio del santo y el de su pequeña fallecida.

Habiéndose repetido la prohibición, por el párrroco esta vez, en un trece de enero, víspera de la fiesta del Niño Jesús que allí celebran; no bien regresaban los “vasallos” de San Benito, se inició el fuego en una de las casas de la población, propagándose a treinta y cinco más, y llegando a los aleros de la iglesia. De inmediato, los vecinos se encaminaron a Pampanito, en solicitud de su retorno. Y ahora es costumbre recibirlo, incluso levantándose si es a media noche, en señal de respeto y arrepentimiento.

(Betijoque)

La Peña de la Virgen

En el municipio Chiquinquirá existe una peña denominada de la Virgen, donde es fama corren tres ríos subterráneos: uno de agua, otro de leche y de sangre el último. Una serpiente de cabezas múltiples, guarda el encanto.

(Trujillo-Capital)

El cazador inadvertido

Salió con su escopeta al monte en domingo un cazador y, no bien se había recostado sobre el tronco de un árbol en actitud de acecho, cuando divisó cerca de su lugar, un pato. Le disparó, tumbándolo al punto. Pero, ¡cuál no sería su asombro! cuando oyó que el pato le decía: "Ya que me mataste, llévame". Por eso se dice que los domingos es malo cazar.

(Boconó)

R. O. F.

NOTICIA PARA LOS DIRECTORES DE PLANTELES EDUCACIONALES

De acuerdo con el Reglamento de los Museos y siguiendo las instrucciones del señor Ministro, se participa a los directores de planteles educacionales que quieran efectuar visitas colectivas con sus alumnos a los Museos dependientes, del Despacho, que dichas visitas deben realizarse en las horas y días reglamentarios que se indican, debido a que los demás días se dedican al cuidado y aseo de los locales, por lo cual el personal no puede atender a los visitantes:

- | | |
|--------------------------------|--|
| Museo Bolivariano: | Miércoles y viernes de 10 a 12 meridiem y de 2 y 30 a 5 p. m. |
| Museo de Bellas Artes: | Martes, miércoles, jueves y sábado de 9 a 12 meridiem y de 3 a 5 y 30 p. m.
Los domingos de 9 a. m. a 1 p. m. y de 3 a 5 y 30 p. m. |
| Museo de Ciencias: | Martes y jueves de 9 a. m. a 1 p. m. y de 3 y 30 a 5 y 30 p. m.
Los domingos a las mismas horas. |
| Museo de Arte Colonial: | Martes, jueves y sábado de 9 y 30 a. m. a 1 p. m. y de 3 a 7 p. m.
Los domingos a las mismas horas. |

Además están abiertos los Museos los días de Fiesta Nacional.



FLORA VENEZOLANA

E L C A U J A R O

(CORDIA MUÑECO)

Este árbol de la familia de las borragináceas es de dimensiones variables, a menudo grande y de hermosas formas, las hojas ovadas, enterizas, luciendo las flores amarillentas y las drupas color carmesí; estas frutillas que parecen pequeñas cerezas son muy gustadas por las paraulatas, azulejos y otros pájaros.

La madera de este cauजारo, llamado de montaña, es de color claro, moreno o amarillo y no parece ser de mucho uso. Es especie propia para adorno de parques y paseos públicos.



FAUNA VENEZOLANA

E L A R U C O

(PALAMEDEA CORNUTA)

El Aruco, conocido también por Camuco y Camichi, es un ave que vive en grupos, en los terrenos pantanosos y húmedos de las orillas de los ríos, en algunos lugares del país. Su cuerpo largo y pesado recuerda la traza de un pavo común. El cuello es relativamente largo y cubierto de plumas suaves; cabeza pequeña; pico gallináceo con la punta lateralmente comprimida y terminando en gancho; patas muy grandes con dedos y uñas largas; alas poderosas y grandes, armadas con dos fuertes espuelas en la articulación del carpo y dos más pequeñas más abajo. Es característico, además, un apéndice delgado, blando y córneo, de color amarillento que lleva en la frente. Buen volador, se eleva en espirales a grandes alturas, confundándose en los aires con los zamuros. Se alimenta principalmente de vegetales. Su canto es sonoro y estridente.

Su coloración general es negra, incluyendo la cabeza, cuello, pecho, lados del cuerpo, lomo, alas y cola, la corona de la cabeza es de una mezcla de plumas negras y blancas; la nuca, el abdomen, subcaudales y región tibio-tarsiana es blanca. Su longitud total es de 85 centímetros.